

A Juan María Anduiza Gorbeña

Querido Juanma. Acabo de despedirte junto a tu familia y amigos y deseo que sepas lo mucho que, como todos ellos, he sentido tu adiós. De verdad. Porque, con todas tus curiosas singularidades, que las tenías -y magníficas- has sido para todos los que te conocimos una muy buena gente, de esas que abundan poco por estos lares. Con tu trato nos has hecho felices y, sobre todo, nos has enseñado a tomarnos los problemas que normalmente tienen la vida y el trabajo con esa tranquilidad y bonhomía de la que tú eras tan capaz. Y aunque no fuimos amigos íntimos, sí que llegamos a ser muy buenos compañeros, logrando entendernos a la primera. Ambos la gozamos viendo lo idiotas que somos por intentar conseguir lo innecesario (ahí entran tus famosas *peoras*, en vez de *mejoras*), llegando a pasarlo muy bien porque, además de tomarnos el trabajo en la parte normal y tranquila que debe tomarse, hubo un algo que nos invitó a entendernos.

Yo, desde que te conocí, dije, y lo mantengo, que eras, como arquitecto municipal, uno de los funcionarios más inteligentes con los que he topado. Sigue así por donde ahora estés, que te les ganas.

Lo que más siento es no dejarte ya más dibujos, a modo de «instancias rogatorias», que tanto te gustaban coleccionar y exponer en las paredes de tu despacho. Cuando nos volvamos a ver lo haré porque necesitaré, seguro, que me enchufes.

Siempre te recordaré.

Un abrazo, Juanma.